

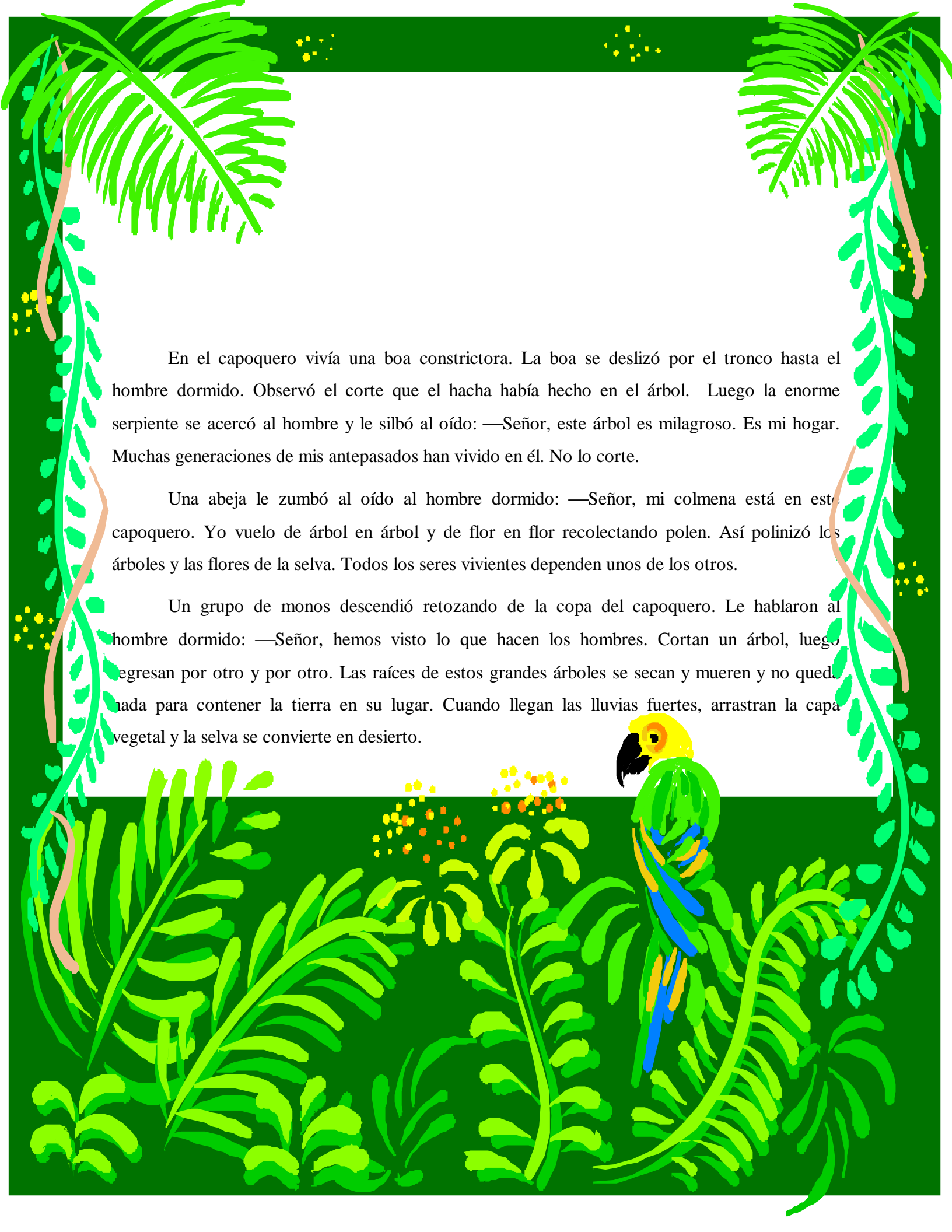
Neus González Francés
Auxiliar de Conversación
Key Elementary School. Arlington, Virginia



Dos hombres entraron a la selva. Hasta entonces, la selva había estado viva, llena de graznidos de pájaros y aullidos de monos. De pronto todo se volvió quietud mientras los animales observaban a los dos hombres y se preguntaban por qué habrían venido. El hombre más alto se detuvo y señaló un gran árbol, un capoquero. Luego se marchó.

El hombre más bajo cogió el hacha que llevaba y golpeó el tronco del árbol. ¡Ras! ¡Ras! ¡Ras! El sonido de los golpes resonó en la selva. La madera del árbol era muy dura. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! El hombre se secó el sudor que le corría por la cara y por el cuello. ¡Ras! ¡Chas! ¡Ras! ¡Chas!

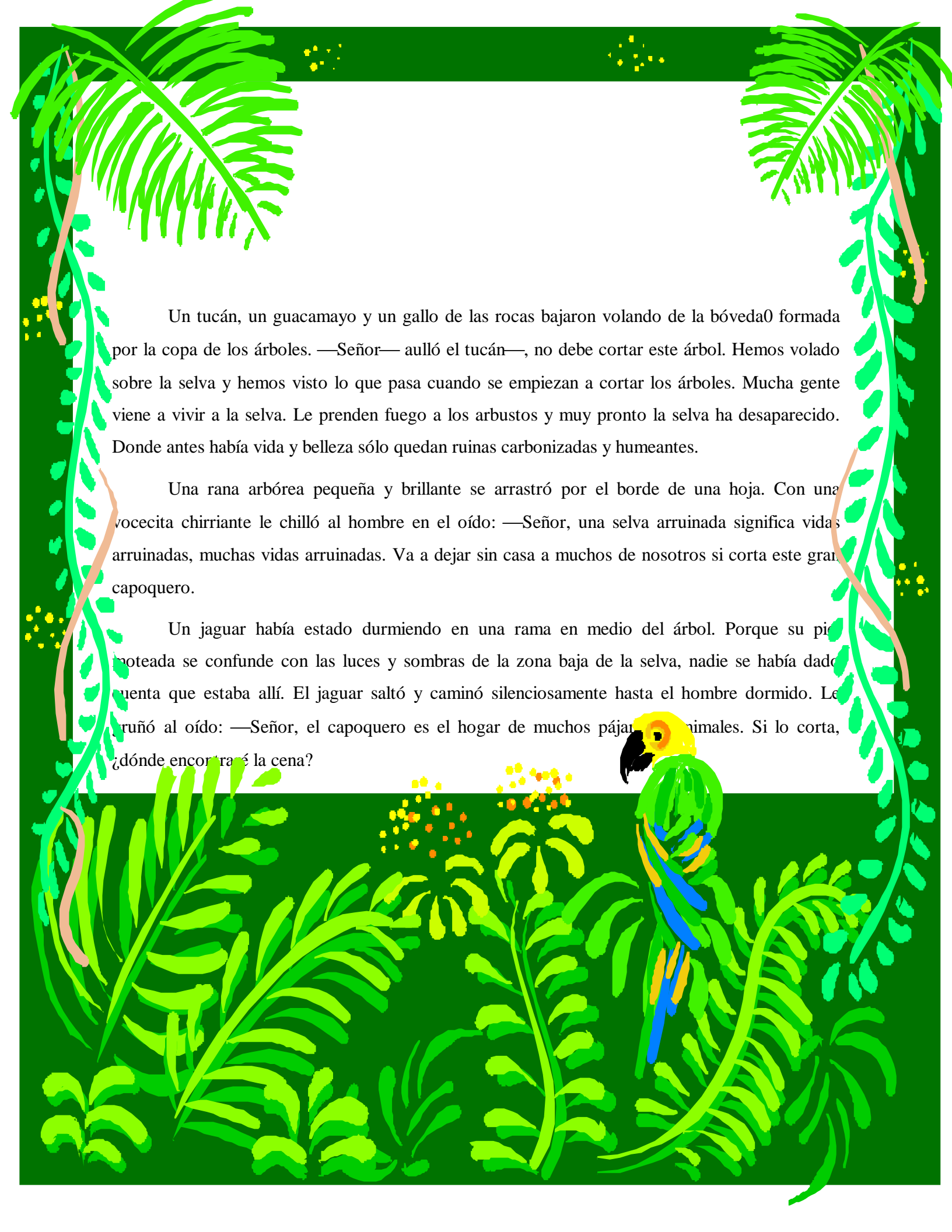
Muy pronto el hombre se cansó. Se sentó a descansar al pie del gran capoquero. Antes de que se hubiera dado cuenta, el calor y el zumbido de la selva lo arrullaron y se quedó dormido.



En el capoquero vivía una boa constrictora. La boa se deslizó por el tronco hasta el hombre dormido. Observó el corte que el hacha había hecho en el árbol. Luego la enorme serpiente se acercó al hombre y le silbó al oído: —Señor, este árbol es milagroso. Es mi hogar. Muchas generaciones de mis antepasados han vivido en él. No lo corte.

Una abeja le zumbó al oído al hombre dormido: —Señor, mi colmena está en este capoquero. Yo vuelo de árbol en árbol y de flor en flor recolectando polen. Así polinizó los árboles y las flores de la selva. Todos los seres vivos dependen unos de los otros.

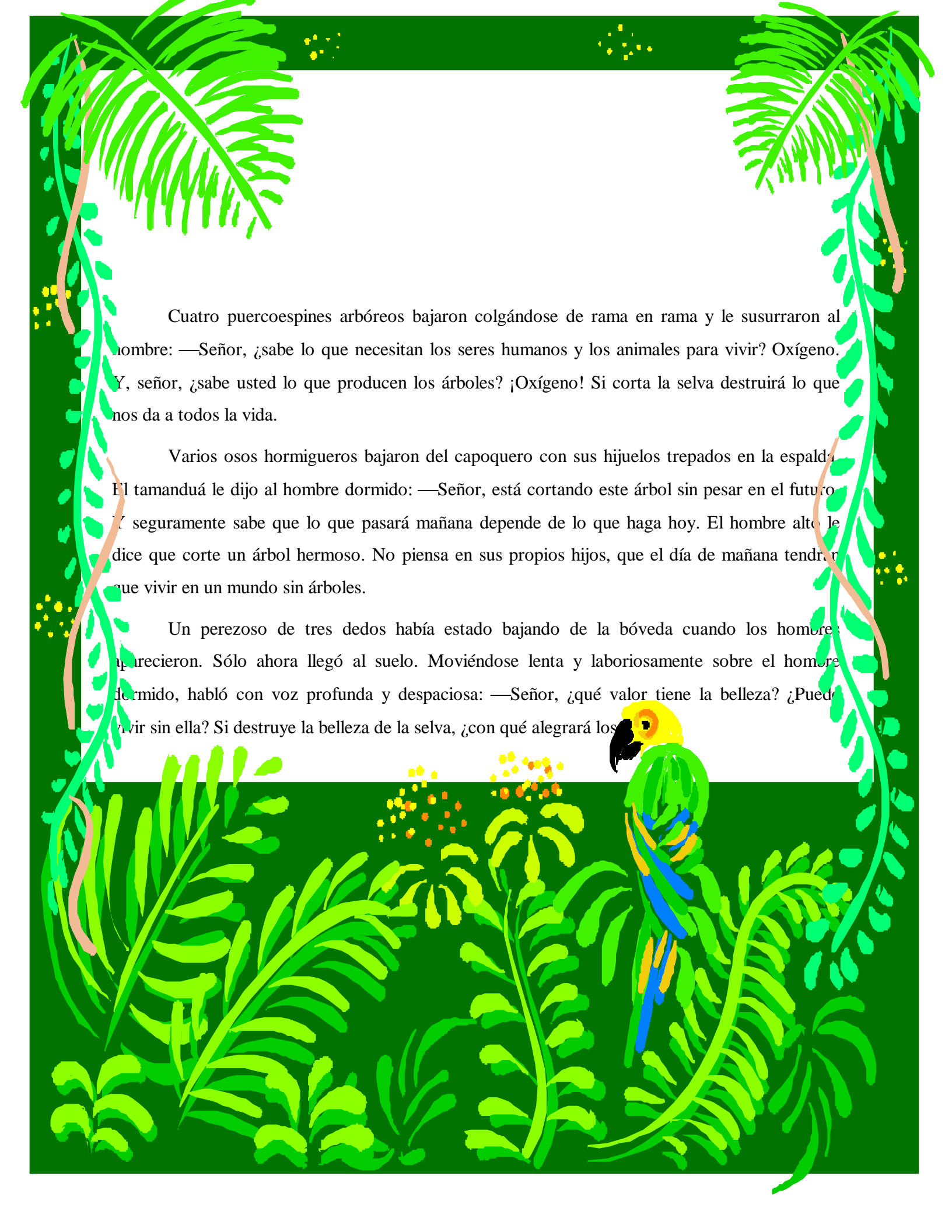
Un grupo de monos descendió retozando de la copa del capoquero. Le hablaron al hombre dormido: —Señor, hemos visto lo que hacen los hombres. Cortan un árbol, luego regresan por otro y por otro. Las raíces de estos grandes árboles se secan y mueren y no quedan nada para contener la tierra en su lugar. Cuando llegan las lluvias fuertes, arrastran la capa vegetal y la selva se convierte en desierto.



Un tucán, un guacamayo y un gallo de las rocas bajaron volando de la bóveda formada por la copa de los árboles. —Señor— aulló el tucán—, no debe cortar este árbol. Hemos volado sobre la selva y hemos visto lo que pasa cuando se empiezan a cortar los árboles. Mucha gente viene a vivir a la selva. Le prenden fuego a los arbustos y muy pronto la selva ha desaparecido. Donde antes había vida y belleza sólo quedan ruinas carbonizadas y humeantes.

Una rana arbórea pequeña y brillante se arrastró por el borde de una hoja. Con una vozecita chirriante le chilló al hombre en el oído: —Señor, una selva arruinada significa vidas arruinadas, muchas vidas arruinadas. Va a dejar sin casa a muchos de nosotros si corta este gran capoquero.

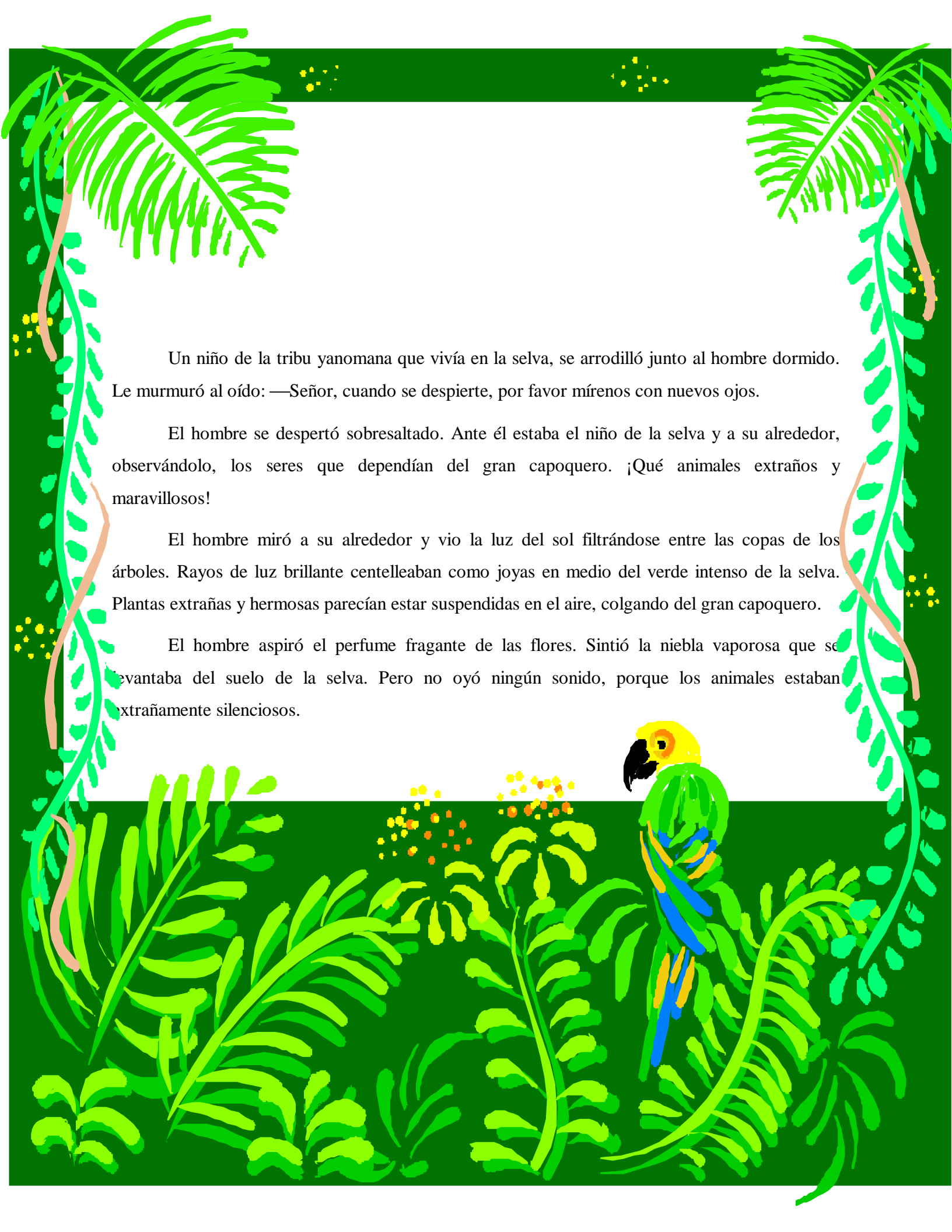
Un jaguar había estado durmiendo en una rama en medio del árbol. Porque su piel moteada se confunde con las luces y sombras de la zona baja de la selva, nadie se había dado cuenta que estaba allí. El jaguar saltó y caminó silenciosamente hasta el hombre dormido. Le gruñó al oído: —Señor, el capoquero es el hogar de muchos pájaros y animales. Si lo corta, ¿dónde encontrará la cena?



Cuatro puercoespines arbóreos bajaron colgándose de rama en rama y le susurraron al hombre: —Señor, ¿sabe lo que necesitan los seres humanos y los animales para vivir? Oxígeno. Y, señor, ¿sabe usted lo que producen los árboles? ¡Oxígeno! Si corta la selva destruirá lo que nos da a todos la vida.

Varios osos hormigueros bajaron del capoquero con sus hijuelos trepados en la espalda. El tamandú le dijo al hombre dormido: —Señor, está cortando este árbol sin pensar en el futuro. Y seguramente sabe que lo que pasará mañana depende de lo que haga hoy. El hombre alto le dice que corte un árbol hermoso. No piensa en sus propios hijos, que el día de mañana tendrán que vivir en un mundo sin árboles.

Un perezoso de tres dedos había estado bajando de la bóveda cuando los hombres aparecieron. Sólo ahora llegó al suelo. Moviéndose lenta y laboriosamente sobre el hombre dormido, habló con voz profunda y despaciosa: —Señor, ¿qué valor tiene la belleza? ¿Puedo vivir sin ella? Si destruye la belleza de la selva, ¿con qué alegrará los




Un niño de la tribu yanomana que vivía en la selva, se arrodilló junto al hombre dormido. Le murmuró al oído: —Señor, cuando se despierte, por favor mírenos con nuevos ojos.

El hombre se despertó sobresaltado. Ante él estaba el niño de la selva y a su alrededor, observándolo, los seres que dependían del gran capoquero. ¡Qué animales extraños y maravillosos!

El hombre miró a su alrededor y vio la luz del sol filtrándose entre las copas de los árboles. Rayos de luz brillante centelleaban como joyas en medio del verde intenso de la selva. Plantas extrañas y hermosas parecían estar suspendidas en el aire, colgando del gran capoquero.

El hombre aspiró el perfume fragante de las flores. Sintió la niebla vaporosa que se levantaba del suelo de la selva. Pero no oyó ningún sonido, porque los animales estaban extrañamente silenciosos.



El hombre se levantó y cogió el hacha. Levantó el brazo, como si fuera a golpear el árbol. De repente se detuvo. Se volteó y miró a los animales y al niño. Dudó por un momento. Luego abandonó el hacha y salió de la selva.